

## CONCLUSIÓN

La lógica de los sentimientos, cuyo bosquejo acabamos de trazar, ¿es un capítulo de la lógica de los sofismas? En modo alguno; pero como más de un lector está probablemente dispuesto á responder afirmativamente, la cuestión merece ser aclarada mostrando las diferencias.

La lista de los sofismas ó paralogismos *verdaderos*, es decir, de naturaleza intelectual, se ha transmitido desde la antigüedad hasta nosotros sin cambios notables. Está en todas partes, es conocida de todos, y es inútil transcribirla aquí.

Fuera de ella, los lógicos modernos han enumerado, un poco al azar, y clasificado bajo la denominación de sofismas, causas morales, fuente abundante de errores y de razonamientos inaceptables para la lógica racional.

Sin embargo, estas dos categorías de «sofismas» no son de la misma naturaleza, á menos de dar á la palabra «sofisma» dos significaciones distintas. El

mecanismo del pensamiento que razona cambia al pasar de una á otra. En el primer caso, hay una alteración directa del razonamiento, y las causas son intelectuales. En el segundo, el error es producido indirectamente, por influjos de origen afectivo.

Esta diferencia ha sido señalada por Stuart Mill (*Sistema de lógica*, libro I, cap. V). Las fuentes del error, dice, son de dos clases: intelectuales, morales. «Estas últimas no entran en la materia de este libro». Indica como principales «las inclinaciones» cuyo efecto más común es influirnos en el sentido de nuestros deseos ó nuestros temores. Las causas morales de las opiniones, aun cuando las más poderosas, quizás de todas, en la mayor parte de los hombres, no son sino causas lejanas; no obran directamente, sino por mediación de las causas intelectuales, son preparatorias. Á pesar de esta declaración eliminatória, Mill, bajo la denominación de sofismas *á priori* y de no-observación, da ejemplos de razonamientos viciosos cuyo origen afectivo es evidente.

Bain (*Lógica: Inducción* VI, cap. III), toma una actitud más clara y correcta. Critica á su antecesor, que bajo el nombre de sofismas, estudia en realidad ciertas tendencias engañosas del espíritu, causas generadoras de error; «ahora bien, la labor del lógico es impedir ó corregir los errores, no mostrar cómo nacen de las imperfecciones de la naturaleza humana: esto no corresponde, ni al estudio de la deducción, ni al de la inducción. Es un punto discutible, si el lógico

tiene autoridad ó no para tratar este punto; pero si lo hace, debe consagrarle un capítulo aparte, porque este estudio es *extra-lógico*.

Entre estas tendencias engañosas, Bain enumera el atractivo de lo agradable, el temor de lo desagradable, la simpatía y la antipatía, el interés personal, el miedo, la cólera, el amor, la amistad, el patriotismo, el espíritu de secta, la admiración, la vanidad individual ó nacional, la atracción de la novedad y de lo maravilloso, el influjo del sentimiento estético sobre las doctrinas filosóficas y las teorías científicas (la fe ciega en un plan de la naturaleza, las órbitas de los planetas deben ser circulares, porque el círculo es una figura perfecta, la necesidad de la unidad absoluta), etc. Sea lo que quiera lo que se piense de esta enumeración un poco confusa y mal ordenada, claro es que corresponde en gran parte á la materia primera de nuestra lógica de los sentimientos; y justamente este grupo de hechos psíquicos, con sus consecuencias, es el que se niega, con razón, á clasificar entre los sofismas.

Otros autores, bastante numerosos, distinguen los sofismas del espíritu y del corazón. Esta distinción es brusca, como hecho; pero tiene el defecto de transferir un término propio de la lógica racional, creado para ella y por ella fijado, á otra forma de lógica donde, aun cuando se aplique á operaciones de distinta naturaleza, conserva fatalmente su sentido denigrativo.

En resumen, los sofismas verdaderos son vicios intelectuales. Pueden observarse materialmente y rectificarse como errores de cálculo. Es fácil, aun con una cultura media y un poco de reflexión, descubrir un círculo vicioso, una enumeración imperfecta ó una *fallacia accidentis*. Resultan de una debilidad del espíritu, de una falta de atención, de una ineptitud para inducir ó deducir correctamente.

Los «sofismas del corazón» serían más convenientemente nombrados *prejuicios* (en el sentido etimológico: juzgado de antemano), puesto que en la lógica afectiva, implícita ó explícitamente, la conclusión impone siempre la forma del razonamiento. Es cierto que desde el punto de vista racional, la lógica de los sentimientos—que podría llamarse también *lógica de los prejuicios*—es una sofisticación perpétua: aun cuando triunfe, es por casualidad y sin título legítimo. El uso constante de los conceptos y juicios de valor, creación subjetiva, variable según los individuos y las épocas, la coloca en el equívoco; pero la cuestión está en saber si esta lógica, que tiene su utilidad, puesto que perdura, debe ser juzgada conforme á las reglas inflexibles de su rival.

En realidad, las dos lógicas ocupan cada una un terreno que le es propio. Se desarrollan en él conforme á procedimientos diferentes, que son determinados por sus fines. Tienen, una y otra, su psicología, sus condiciones de existencia, su razón de ser como expresión de dos tendencias opuestas de la naturale-

za humana. Esta posición imparcial es la que debe adoptar el psicólogo para comprenderlas.

Otra cuestión litigiosa es la de las relaciones entre la lógica afectiva y la creencia, cuyo instrumento propio parece ser esta forma de lógica. Responderemos que á pesar de las apariencias, no está al servicio, ni de toda creencia, ni de la creencia sola.

El estado de creencia, muy descuidado por los antiguos psicólogos, ha sido estudiado muy seriamente durante este último cuarto de siglo. No tengo que tratar este tema, y remito á las obras especiales (1). Se está generalmente de acuerdo en admitir que no tiene sus raíces en el intelecto; que depende de nuestra manera de sentir y de querer; que es obra y expresión del temperamento, del carácter, de la individualidad; que la credulidad es un estado primitivo que acompaña á todas nuestras representaciones, hecho fácil de observar en los niños y los ignorantes; que se fija naturalmente en toda imagen ó idea

(1) Son bastante numerosas, aun eliminando aquellas cuyo fin es principalmente moral ó religioso. Consúltese para la psicología: Payot, *La creencia*, Madrid, Jorro, editor; C. Bos, *Psychologie de la croyance*; Bain, *Emotions and Will*, cap. XII; un importante ensayo de J. Sully, *Belief*, en *Sensation and Intuition* y *The human Mind*, I, 250; W. James, *The Will to believe*, etc. Desde el punto de vista crítico y religioso: Newman, *The Grammar of assent*; Balfour, *Les bases de la croyance*, etc.

que ocupa la conciencia sin antagonista, sobre todo si son intensas; que esta afirmación espontánea de una realidad es quebrantada por los mentís de la experiencia ó de nuestros semejantes; que entonces la duda se despierta, y que el que duda pide un apoyo á la lógica racional si prefiere la verdad á todo, ó á la lógica afectiva, si prefiere su creencia á todo y sólo trata de justificarla, de suerte que «los argumentos no son lo que son, sino son lo que yo soy» (Payot, *obra citada*.)

Tomada del lenguaje corriente, la palabra creencia tiene la desventaja de aplicarse á fenómenos muy diferentes, aun cuando tengan todos el carácter común de ser, con razón ó sin ella, la afirmación de una realidad. Todo es ó puede ser objeto de creencia. Sin embargo, pueden hacerse dos partes: 1.<sup>a</sup>, la creencia *intelectual* (percepciones, axiomas, verdades científicas establecidas por la observación, la experiencia ó el cálculo). Es *sufrida* por el sujeto, y de los dos factores que concurren al acto de conocimiento, es el objetivo el que predomina. 2.<sup>a</sup> Todos los demás casos, en que la creencia es *creada* por el sujeto en forma de valoración: el factor subjetivo es el principal. Esta masa de creencias heterogéneas, varias veces enumeradas en el curso de esta obra—hay que añadir á ellas las de los locos—constituye el grupo *no intelectual* que sólo usa la lógica afectiva; pero su asociación no es una regla invariable: á veces la creencia es extraña á la lógica, á veces la lógica no

está al servicio de la creencia. Señalemos estas excepciones:

1.<sup>a</sup> En tanto que la creencia racional está determinada y producida por el razonamiento, la creencia no racional determina y produce el razonamiento. Así, en cuanto á su génesis, ésta es independiente de la lógica; nace directamente del fondo de nuestra naturaleza afectiva y crítica. La célebre apuesta de Pascal, observa W. James, es una hipótesis muerta para el que no tiene ya, y de antemano, una tendencia á creer en Dios.

2.<sup>a</sup> La creencia sólida, inquebrantable, cualquiera que sea su objeto, religioso, moral, político, ó tal como la fe ciega del enamorado, es extraña á la lógica. Está colocada aparte, en otra esfera: la de la afirmación inmediata é irresistible; bajo esta forma absoluta, la creencia no puede ser confirmada ni aminorada por el razonamiento: es una posición privilegiada, en que creencia iguala á certidumbre.

3.<sup>a</sup> Por otra parte, hay formas de la lógica afectiva que nacen, no de las creencias, sino de los deseos ó aversiones y de sus variedades: el razonamiento conjetural ó imaginativo, el trabajo que produce las trasformaciones anteriormente estudiadas (cap. III), el periodo preparatorio de ciertas conversiones que se hacen porque son deseadas; los razonamientos útiles para la expansión del individuo y que son un instrumento de combate.

En resumen, la psicología de la creencia y la del

razonamiento afectivo, á pesar de numerosos puntos de contacto, no coinciden en toda su extensión. Sería, por tanto, erróneo confundirlas. La lógica y la creencia son fundamentalmente diferentes: la primera es sólo un medio transitorio, adaptado á la lucha ó á la defensa; la segunda, es un estado estable, una posesión, un fin.

Así la lógica de los sentimientos tiene su dominio propio; ni es un capítulo de los sofismas ni un anejo de la creencia. Esta denominación, por su generalidad, nos ha parecido preferible á cualquier otra: lógica del prejuicio, de la creencia, de la opinión, del error, otros tantos términos que convienen á un aspecto de la cuestión, pero ninguno de los cuales la agota. Á través de sus explicaciones múltiples y de sus formas incongruentes (no me precio de haberlas enumerado todas), conserva su unidad, porque su mecanismo es siempre el mismo—una adaptación de juicios de valor á una conclusión prejuzgada;—pero principalmente, porque á pesar de sus metamorfosis y trasformaciones racionales, permanece la *lógica de los instintos*, es decir, un esfuerzo para racionalizarlos.

He señalado anteriormente (cap. III, § I), la hipótesis que asimila el instinto á una lógica orgánica, fija por la herencia. Piénsese lo que se quiera de esta analogía algo vaga, y que no me inclino á aceptar, es

cierto que estas dos manifestaciones psíquicas tienen un carácter común: la adaptación á un fin. La del instinto es fija, invariable, salvo excepciones y en límites restringidos. La del razonamiento es plástica, variable, multiforme. Desde que, á consecuencia del desarrollo cerebral y de las funciones superiores del espíritu, las tendencias, deseos ó aversiones, en vez de ser impulsos casi únicamente fisiológicos que no se traducen sino por actos, pueden ser modificados por la reflexión; desde que los instintos devienen una energía disponible, una fuerza viva que puede ser adaptada de varias maneras; entonces se produce el trabajo de su racionalización de que es un caso, y no el menor, la lógica afectiva.

Tomemos como ejemplo una necesidad universal y muy elemental: el hambre, instinto brutal, violento, que en los seres inferiores ataca á todo por un impulso irresistible: la de la serpiente boa tragando una presa tan grande como ella y que le cuesta trabajo digerir. Racionalizado, es decir, sometido á la inspección de la experiencia y de la reflexión, el hombre se satisface á horas regulares, reclama la elección y la preparación de los alimentos, se sujeta además á un régimen, acepta reglas de higiene, variables según los individuos y la moda reinante, adquiere un carácter civilizado. He aquí un caso muy sencillo de un instinto fijado y moldeado por influjos extraños.

Todos los demás han sufrido ó pueden sufrir la

misma transformación. El deseo ardiente de justificar una pasión ó una creencia, de ser consolado, sostenido; de adivinar un porvenir próximo ó lejano, terrenal ó supra-terrenal, de arrastrar, de convertir, de imponer una opinión: todas estas necesidades de conservación ó de extensión, individual y social, ¿no son la materia de la lógica de los sentimientos, y los procedimientos que emplea son otra cosa que un esfuerzo de nuestra naturaleza afectiva para apoyarse en apariencias de pruebas y argumentos racionales?

Es que en el fondo, el ideal á que todo razonador aspira, conscientemente ó no, es intelectual. Hemos descrito esta etapa primitiva en que el razonamiento espontáneo se produce bajo una forma indiferenciada, mezcla heterogénea y sin crítica de argumentos subjetivos y objetivos, pueriles y sólidos, nacidos al azar de los sentimientos, de la imaginación, de la razón. No es ésta una hipótesis, porque lo que ha ocurrido en los antiguos tiempos se repite también á nuestra vista: obsérvese á los salvajes, á los niños ó simplemente á los hombres de escasa cultura intelectual. Luego se ha formado un cuerpo de verdades científicas, es decir, estables y comprobadas, á la vez efecto y causa de una disciplina más severa del espíritu. Desde este momento, la lógica racional ha quedado constituida y ha devenido el tipo, la regla, la guía de todo razonamiento; pero creyendo imitarla, la lógica afectiva sólo ha tomado su máscara.

Resta mostrar, ó más bien recordar, la unidad ori-

ginal de ambas lógicas: está en su *utilidad*. La tendencia á buscar y apoderarse de la verdad es una de las cualidades más ventajosas que se hayan concedido al hombre, y ha sido una de las causas de la supervivencia de los más aptos. El conocimiento intelectual, estrictamente confinado, durante siglos, en la práctica, se ha arriesgado poco á poco en la especulación pura. Pero la investigación desinteresada, por ser un lujo, es desconocida de las primeras civilizaciones. En el orden del conocimiento, como en el económico, el lujo es una floración tardía. La lógica afectiva, bastante más material y egoísta, á pesar de las apariencias, no se libra de las necesidades humanas. Las dos lógicas son, pues, la una y la otra, un instrumento de nuestras necesidades, con esta diferencia: que la una pierde algunas veces su carácter práctico, y que la otra le conserva siempre.

Por hostilidad contra el espíritu científico, se han complacido en sostener que la investigación y la posesión de la verdad no tienen un valor absoluto, alegando la razón de que son resultado de una preferencia, que se les escoge porque esto agrada. Seguramente; puesto que hay gentes que hacen poco caso de la verdad, ó la desdennan y prefieren conservar sus ilusiones. Esto es simplemente una prueba del papel primordial de la vida afectiva en todas las manifestaciones del espíritu, tesis que he sostenido en otra parte sin restricción, y que no estoy dispuesto á poner en duda. Pero *preferir* la verdad, no es

*constituirla*. Es lo que es, independiente de nuestras preferencias y de nuestras repulsas.

Si tomando esta pretensión en lo que vale, la aplicamos á nuestro objeto, se ve que es en muchos creyentes (cualquiera que sea la materia de su fe) un medio para proclamar la superioridad de la lógica del corazón. Posición falsa y desventajosa, porque el conocimiento, que es el sirviente de la vida, no vale sino por su objetividad. Sin duda la «verdad verdadera» no se impone bajo la forma ineludible de la gravitación en el mundo físico, del instinto ó de la idea fija en el mundo moral, pero no nos sustraemos impunemente á su poder.

Una posición más conforme á la naturaleza de las cosas es ésta: preguntarse si con el progreso supuesto de la cultura y de la disciplina científicas, la lógica afectiva debe atrofiarse ó desaparecer. Digan lo que quieran muchos intelectualistas, no veo ninguna razón para la afirmativa.

Juzgada por los lógicos puros, la lógica de los sentimientos es condenada sin vacilar y sin apelación.

Juzgada por los psicólogos, tiene derecho á la existencia por razones individuales y generales.

Hay espíritus que reclaman la verdad ante todo, pero que la quieren bien establecida, demostrada, que tienen la obsesión de la exactitud y de los procedimientos rigurosos. Hay otros, fugitivos, faltos de precisión, que se complacen en lo vago por exceso de sentimiento ó de imaginación, por pereza intelec-

tual, por incapacidad de reflexión, por falta de paciencia en la investigación. Para ellos, la lógica afectiva es suficiente y preferible; la inventarian si no existiera hace siglos.

Una razón más profunda que asegura su perpetuidad, es el ser obra espontánea de nuestra naturaleza no intelectual. El hombre *siente* surgir en él necesidades, deseos, problemas, á los que la razón pura no aporta satisfacción, ni respuesta, ni remedio; el sentimiento y la imaginación ocupan su puesto. La actitud escéptica que limita el conocimiento y se resigna á ignorar mucho; la actitud estóica que desdén las esperanzas ilusorias y los consuelos vanos no son del gusto de todos. La mayor parte prefieren respuestas aparentes á nada.

El papel de la psicología es estudiar esta manifestación de la naturaleza humana, como hecho, sin condenarla ni absolverla.

FIN

## ÍNDICE DE MATERIAS

Páginas

PRÓLOGO..... 5

### CAPÍTULO PRIMERO

#### LA ASOCIACIÓN DE LOS ESTADOS AFECTIVOS

Confusión frecuente en la psicología contemporánea, entre la asociación y el juicio. —¿Se produce la asociación entre estados puramente afectivos?—Casos aparentes que eliminan: la transferencia.—La asociación por semejanza: forma completa, forma incompleta, forma afectiva pura.—¿Es una asociación verdadera?—La asociación por contigüidad. El contraste. Desacuerdo en este punto.—Dos categorías: Contraste intelectual: su naturaleza; supone dos momentos, uno sólo de los cuales es asociativo.—Contraste afectivo; es de naturaleza enteramente distinta. Su origen está en las variaciones fisiológicas del organismo. No es una asociación.—Conclusión: función del juicio en las supuestas asociaciones..... 10